

10 DATOS PARA CONOCER A DON ÁLVARO



Acompañó a san Josemaría durante 40 años

En 1935 se incorporó al Opus Dei, que había sido fundado siete años antes por san Josemaría Escrivá de Balaguer. Recibió la formación y el espíritu de la Obra directamente del fundador, permaneció siempre a su lado y se convirtió en una ayuda firme para él hasta su muerte en 1975. En este mismo año Álvaro del Portillo fue elegido para sucederle al frente del Opus Dei.

Fue ingeniero

Don Álvaro estudió en Madrid en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, donde terminó sus estudios en 1941 y en la que fue profesor. Además de Doctor Ingeniero de Caminos, fue doctor en Filosofía y en Derecho Canónico.



Con un corazón universal

Desde Bolivia hasta República Checa, pasando por Israel, Singapur, Nueva Zelanda, India, entre otros. Durante los 19 años que Mons. Álvaro del Portillo estuvo al frente del Opus Dei, promovió el comienzo de la actividad de la prelatura a los cinco continentes, predicó a miles de personas el amor a Dios, a la Virgen, a la Iglesia y al Papa, y transmitió con persuasiva simpatía el mensaje cristiano de san Josemaría acerca de la santidad en la vida ordinaria.

Tercero de ocho hermanos

Nació en Madrid (España) el 11 de marzo de 1914, tercero de ocho hermanos, en una familia cristiana. Hijo de Clementina Diez de Sollano (mexicana) y de Ramón del Portillo y Pardo (español). El 25 de junio de 1944 fue ordenado sacerdote y obispo a partir de 1991.



Un amor sincero a la Iglesia

Durante sus años en Roma, los Papas, desde Pío XII hasta Juan Pablo II, lo llamaron a desempeñar numerosos encargos, como miembro o consultor de 13 organismos de la Santa Sede. El 29 de junio de 1948, el fundador del Opus Dei erigió en Roma el Collegio Romano della Santa Croce, centro internacional de formación del que Álvaro del Portillo fue primer rector y en el que enseñó teología moral. También, participó activamente en el Concilio Vaticano II.

San Josemaría le decía “saxum”

Desde finales de los años 30, el fundador del Opus Dei le llamaba ‘roca’ en latín: ‘saxum’, pues representaba un soporte fuerte como su colaborador más fiel. Colaboró con san Josemaría en las tareas de evangelización y de gobierno pastoral. En una carta, fechada el 23 de marzo de 1939, san Josemaría le escribía: “Jesús te me guarde, Saxum. Y sí que lo eres. Veo que el Señor te presta fortaleza...”.



Visitó Tierra Santa antes de fallecer

Mons. Álvaro del Portillo falleció en Roma en la madrugada del 23 de marzo de 1994, pocas horas después de regresar de una peregrinación a Tierra Santa, donde había seguido con intensa piedad los pasos terrenos de Jesús, desde Nazaret al Santo Sepulcro. El día anterior, había celebrado su última misa en la iglesia del Cenáculo de Jerusalén.

Un milagro chileno

La Santa Sede atribuye a la intercesión de don Álvaro la curación instantánea del niño chileno José Ignacio Ureta Wilson que, a los pocos días de nacer, en agosto de 2003, sufrió un paro cardíaco de más de media hora y una hemorragia masiva. Adicionalmente, se ha remitido a Roma el estudio de otro posible milagro: la recuperación sin consecuencias de Juan Carlos Bisogno de un traumatismo craneoencefálico severo provocado por un accidente.



Beatificado en Madrid

Después del milagro aprobado por el Papa Francisco, y publicado con el Decreto de la Congregación de las Causas de los Santos del 5 de julio de 2013, la Santa Sede informó que Mons. Álvaro del Portillo fue beatificado en Madrid, su ciudad natal, el sábado 27 de septiembre de 2014.

Motor de innovación social

Álvaro del Portillo es autor de publicaciones sobre materias teológicas, canónicas y pastorales: Fieles y laicos en la Iglesia (1969), Escritos sobre el sacerdocio (1970) y numerosos textos dispersos, gran parte de ellos recogidos póstumamente en el volumen *Rendere amabile la Verità*.

Don Álvaro estimuló la puesta en marcha de iniciativas sociales y educativas. Tras su muerte, miles de personas han testimoniado el recuerdo de su bondad, el calor de su sonrisa, su humildad, su audacia sobrenatural, la paz interior que su palabra comunicaba.

